

## Prólogo

### *Una mañana junto al agua*

A la altura del puente de Londres, el Támesis tiene menos de las «corrientes aguas, puras, cristalinas» que vio nuestro Garcilaso que del «dios pardo y fuerte» de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot. No lejos de los santos lugares de la fundación de la ciudad, el *London bridge* —tan afortunado en su nombre— suele ser confundido con otro más célebre: ese *Tower bridge* que, imagen de Londres en el corazón de las gentes, todavía eleva sus hojas de tarde en tarde para dejar pasar con la solemnidad debida a un barco de la Armada. Construido en hormigón en un momento de los setenta en que el brutalismo empezaba a dudar de sí mismo, el puente de Londres nunca ha causado los arrobos estéticos de nadie, pero no por eso deja de tener su aplicación práctica y su ensoñación poética: es la referencia de las tablas de mareas del Támesis, documentos estos de extrema utilidad para un número muy pequeño de personas —empleados consistoriales o patrones de barcos turísticos— y de no menos extrema fantasía para todos los demás. Nacido en un lugar tan seco —Madrid— que acuso hasta la humedad del Toledo de Garcilaso, consultar el mareógrafo no deja de parecerme un gesto de maravilla propio de un Lord Nelson. Y son esas mareas las que dan su aspecto «pardo y fuerte» al discurrir del Támesis: con variaciones según la estación, el nivel del río sube

y baja siete metros dos veces al día, de manera que, cuando la pleamar llega al puente de Londres, aguas arriba saben que aún le falta media hora para llegar a Putney. El movimiento de agua y tierras es, en consecuencia, fenomenal. «Pardo y fuerte.»

Como una tirada de dados cósmica un par de veces por jornada, la *ritirata* del río forma playas irrepetibles, sobre las que el Támesis desparrama, a modo de una escritura inconsciente, los objetos que no ha podido llevarse en su desalojo: chanclas, plásticos, mecheros, llaves, un tambor de lavadora o un picnic del año de la Coronación. Sí: el río «recuerda / cuanto prefieren olvidar los humanos». También lo dice Eliot. En todo caso, sus objetos son siempre objetos en préstamo temporal: nunca sabemos si el Támesis, en la próxima crecida, los volverá a reclamar para, después de barajar nuevamente sus aguas, depositarlos dos millas más allá o marearlos durante años en la corriente hasta devolverlos a un arenal de Kent, donde permanecerán sepultados hasta el final de los siglos como tantas pasiones sin testigo.

Esta siembra de azar propició el surgimiento de unos personajes que, antes y después del 1800, lograron convertir su busca en un oficio. Eran los *mudlarks* y, a decir verdad, su trabajo nunca fue considerado respetable: tuvieron fama de redondear las magras ganancias de su carroñeo —hierro, sogas, huesos, remaches de cobre— rebañando lo que pudieran de los cargamentos de carbón, ron o azúcar de las bodegas de los barcos. Más o menos patibularios, casi siempre redimidos por la juventud —había que tener buenas piernas al subir de la marea—, no podemos menos que mirar con un punto de pena a estos *mudlarks*: vidas infradickensianas, muchachos que hubieran envidiado a Oliver Twist, tipos eternos de un Londres perdido.

Estos chicos del arroyo también iban a ser insospechada causa remota de los *mudlarks* contemporáneos que, siglos después, con una pala en una mano y el Instagram abierto en la otra, revisitan su oficio. Es, imagino, la misma vivencia irónica de

la autenticidad que nos lleva a aprender calceta pese a tener el Zara al lado o a hornear panes con unos cereales que nadie ha comido desde tiempos de los mayas. Sin duda, esta nueva pasión por peinar las orillas resulta muy propia de algunos caracteres insulares: la señora excéntrica que vive con seis gatos o el teósofo *labour* que escribe poesía en sus ratos libres, que son casi todos. Pero siempre habrá gente a la que llaman las orillas, sea porque no queda más que hacer arqueología de la miseria y vivir de los restos, de la rara providencia de lo que aflora, como en tiempos antiguos; sea porque ahora nos atrae la belleza casual de lo inservible, con un amor por lo fragmentario, lo incompleto, lo incongruente, que no deja de ser un reflejo roto de nuestra propia vida. Porque, a poco que se haya vivido, no hay vida tan entera que no sea capaz de simpatizar con todo eso: las bicicletas sin pedales, las jarras a las que les falta un asa o los muñecos que han perdido un ojo. Eso mismo somos. Y a la vez, hay en estos rastreos no poco motivo para el agradecimiento y el pasmo. Para celebrar la infinita relación de causas por las que la pipa de barro que arrojó al río un tendero de Lambeth que venía de cerrar un negocio se iba a aliar a la influencia de la luna y la mecánica de las mareas para que, doscientos veintitrés años más tarde, tu pie tropezara con ella esta mañana fresca de Greenwich. En estas fabulosas ilaciones hay misterio, hay providencia y una literatura que leemos a tientas.

Al volver, años después, a estas páginas ahora recogidas en *Ya sentarás cabeza* se me han hecho presentes alguno de los peligros que —dicen— acechan a los rastreadores de la orilla. Eso que brilla desde lejos ya terminamos por saber que no será un diamante, sino un guijarro. Y mejor que sea un guijarro a que sea la esquirra de una botella que —al ir a cogerla— te puede cortar. Quienes fatigan las orillas saben que, para escarbar, siempre será preferible ir con botas, máscara y guantes. A veces algo pincha, a veces nos hundimos en el barro, a veces algo huele mal. Como en los terrenos anfibios de la memoria, puede

moverse alguna criatura inquietante en el légamo. Y mientras uno se afana en la busca, como cuando uno se sumerge en la lectura, la marea sube sin aviso y hay que saber cuándo dejar de excavar aunque pensemos que tal vez nos estemos perdiendo algo. El río —como también sabía Eliot— «está siempre esperando, acechando, esperando». Lo que nos llevamos, o lo que dejamos en la orilla, tendrá, en el mejor de los casos, esa curiosa coherencia que a veces establecen las cosas dispares al juntarlas, sean un dedal victoriano y un zapato Tudor, un libro que me acompañó en 2007 o una alegría o una pena del año 2010. La vida. Al final, terminamos por pensar si lo importante no será echar una mañana entretenida junto al agua.

No sé si, como afirma Pla, la mejor literatura es «la que han hecho los literatos (...) de sí mismos», pero sin duda soy de esos lectores a los que les gusta o les hubiera gustado «vivir en un ambiente literario caracterizado por una gran profusión de documentos personales: memorias, recuerdos, reminiscencias (...) biografías, correspondencias, retratos literarios». En consecuencia, mis pasiones y afectos a la hora de escribir también han ido por ahí, desde esa edad a finales de la adolescencia en que uno empieza a tomar notas y a tontear con algún versillo, sin mucho más propósito que hacerse compañía a uno mismo. Tengo la fortuna de haber podido leer —de Valentí Puig a José Carlos Llop, de Trapiello a García Martín y de Vidal-Folch a Sánchez-Ostiz— a maestros del género sin ningún esfuerzo: estaban en nuestra lengua y en nuestras librerías a la hora en que mi generación se acercó a ellas.

Del mismo modo que atribuyo un poder de sanación casi *paulocoelhiano* a la lectura, a la que debo algunos de los momentos más placenteros de la vida, descreo de la escritura como purga de los propios demonios —y, de hecho, tampoco pienso que alguien que escribe tenga por necesidad demonios más complejos que los de un profesor de ofimática. Tras haber publicado un libro con el título de *Comimos y bebimos*, creo que no caigo

en poses o cinismos si digo que una de las grandes ventajas de escribir es que no bebes y no gastas. Escribir no cura nada, pero te acostumbra a la disciplina de estar sentado, de tomar notas ansiosas en un semáforo o de guardarte un momento al final del día por mucho que lleves algún whisky en sangre. No es una visión de artistazo idealista, pero a mí me ha servido de mucho. Queremos escribir para dar forma a algo y al final es la propia escritura la que nos da forma a nosotros. De manera parecida, uno toma notas para quizá, quién sabe, hacer un libro, y resulta que el libro eran las propias notas: «rastros», por seguir con Eliot, «de una creación anterior y distinta». He escrito varios libros, siempre con una sensación desconcertante: dedicarles mucho tiempo y a la vez pensar que los libros tienen una curiosa manera de irse escribiendo a sí mismos.

*Ya sentará cabeza* recoge anotaciones —diarios, si quieren— desde el año 2006 hasta comienzos de 2012. Empieza a haber pasado tiempo. Por entonces —de los veinticinco a los poco más de treinta— estaba uno por algunos sitios demasiado crudo y por otros demasiado hecho. Es, o al menos fue para mí, una edad de ilusiones, de arrear, aunque ya entonces va uno chocando lo suficiente contra el mundo como para pensar que tal vez no lo sabíamos todo de la vida. En esos años me desligué, no sin pena, de la empresa familiar para meterme —«ciego por voluntad y por destino»— en el periodismo. No eran años buenos para el oficio, pero si los libros —la literatura— han sido el amor, el periodismo ha sido un vicio que podía arrasar con todo: todavía hoy, en un periódico sería feliz hasta como redactor jefe de pasatiempos, aunque no descarto que el periodismo sea una de esas pasiones que es mejor recordar que vivir. En 2009 empecé a ir al Congreso para *El Confidencial Digital* y año y medio más tarde me fui a *La Gaceta* como redactor jefe de cultura y pluma para todo. Quizá dejé de leer tanto como hasta entonces, pero me abrí a unos mundanismos madrileños por los que siempre había tenido curiosidad. Fueron años divertidos. Aun así, leía cuanto podía,

escribía, trabajaba mucho, buscaba las certezas que todos buscamos, Dios, el amor. Tenía algo de «curioso de profesión». En algunos de mis medios fueron tiempos de fuerte —y en ocasiones muy incómoda— guerra política, aunque ya para entonces tenía alma de *wet*. Hacerme hueco o que alguien confiara en mí resultaba muy difícil y por eso mismo estoy tan agradecido a quienes confiaron.\* En enero de 2012 pasé a trabajar en Presidencia del Gobierno —también como pluma para todo—, pero esa es otra historia y no sé si, algún día, otro libro.

Hace cuatro o cinco años le envié a un amigo —crítico literario— unos folios en bruto. Había mucha tentativa y mucha ligereza, pero también me dijo que en esos folios había material. Eran, antes de pasar por el taller, este libro: notas en los márgenes de la vida, personajes, pasiones, lecturas, pretensiones, pájaros de juventud, alguna estampa política, alguna reflexión sociológica, algún comentario literario: quizá lo propio de un muchacho que quería escribir pero necesitaba que alguien le dijera si era escritor. En todo caso, estas notas guardaban un propósito común: no dar coartada filosófica a la amargura.

Releer, ordenar y pulir estos folios —¡cuántas páginas se han quedado fuera!— me ha acercado a aquel que era: en ocasiones me he sorprendido o sonreído; otras, me he impacientado; muchas más veces me he parecido un extraño. En última instancia, casi siempre me he logrado perdonar, porque tal vez era un poco idiota, pero sobre todo era joven, cosa que —a punto de cumplir los cuarenta— ya no soy. No lo digo con melancolía, porque el río de entonces, como quería Eliot, sigue estando dentro de nosotros.

Dedico este libro a mis padres.

IGNACIO PEYRÓ

*Westminster, julio de 2020*

\* Citaré algunos: Pepe Apezarena, Javier Fumero, Carlos Dávila, Gonzalo Altozano, Andrés Rojo, Julio Ariza.